



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Donato Jiménez.)



—Mi voz de bajo profundo
domina á la indocta masa.
¡Siempre soy amo de casa
y padre de todo el mundo!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Falta sin culpa, por Luis de Ansoarena.—Calefacción barata, por Juan Pérez Zúñiga.—El cautivo, por Eduardo de Palacio.—Fuentes de la historia, por Sinesio Delgado.—Bibliografía festiva, por A. Sánchez Pérez.—Frustrerías, por Alberto Casañal Shakery.—Sentencia, por Antonio Montalbán.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Donato Jiménez.—El cautivo (siete viñetas).—No hay bien que por mal no venga.—Cambio en la cabeza.—Los impresionistas, por Cilla.



Ha pasado el Carnaval, pero las gentes elegantes no se conforman con la quietud y el recogimiento propios de la Cuaresma y se disponen á celebrar *soirées* teatrales, según anuncian los revisteros del «gran mundo».

Entre las obras que se han puesto en ensayo en nuestros primeros salones figura una del in-

signe Valera. Mientras se afeitaba el ilustre autor de *Pepita Jiménez*, dictó á un amanuense una tragedia, de la que hacen grandes elogios los revisteros antes citados.

Ellos no conocen la obra; pero dicho se está que, siendo de Valera, há de parecerles magnífica. Á mí, respetando profundamente al escritor indiscutible, se me antoja que el acto de afeitarse no es el más á propósito para producir obras maestras.

La mayoría de los mortales, mientras están sometidos al tormento de la navaja, no pueden pensar cosa buena. La única idea que se les suele ocurrir es la de estrangular al barbero.

«Con esto y con todo»—que decimos los hablitas,—quizás resulte notable la tragedia del maestro, y en este caso no han de faltarle imitadores.

Ya hay algunos que tienen la costumbre de lucir su ingenio en la peluquería mientras les descañonan. Más de una vez, en casa de Almeida, he visto parroquianos que recitaban poesías para excitar la admiración de los oficiales.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamaba Rincón, un joven de Zamarramala que afeita siempre con la sonrisa en los labios, porque es jovial de suyo.

—¿Le gusta á usted?—preguntaba el poeta.

—Mucho.

—Siempre que me afeitan—segua diciendo el vate—se me vienen á la imaginación los consonantes á borbotones; va usted á ver:

Ten cuidado, Rincón,
no me untes las narices con jabón;
que, aunque á muchos mentira les parece,
siempre el jabón en la nariz escuece.

Á mí me sucede todo lo contrario. Cuando me afeitan—y eso que Antonio, Cascabel, Félix y demás compañeros tienen la mano suave como las alas del cisne—sólo se me ocurren cosas horribles, en prosa vil; y veo con la imaginación hombres degollados, cabezas en fuentes recién separadas del tronco y rodeadas de huevos hilados y sacerdotes echando sangre por las narices.

De ningún modo podría entonces versificar, y lo único que me consuela es tener á mi lado á Bonilla, mi óptico ilusorio, el cual Bonilla me dice con acento cariñoso:

—Desecha los malos pensamientos. El tener que afeitarse es cosa triste, pero ¡qué demontre! más ha pasado Jesucristo por nosotros, y más paso yo con algunos lateros que vienen á mi tienda.

Hay, sin embargo, quien no compone música como sea afeitándose ó lavándose los pies ó haciendo pitillos.

Mientras se dedica á cualquiera de estas ocupaciones, su imaginación vaga por el espacio y en él encuentra las melodías más hermosas.

Después lleva la música al teatro en forma de zarzuelita, y dicen los espectadores:

—¿Qué le parece á usted la partitura?

—Lo mismo puede ser de usted, que más, que del vecino de enfrente.

—¿Cómo?

—Sí, señor; es de esas músicas que sólemos hacer todos los mortales mientras nos están afeitando.

«Eramos pocos y dió á luz mi señora abuela.»

Quiero decir que, sobre lo que ya tenemos encima, vienen ahora á complicar la situación las partidas armadas de Aragón y Valencia.

—¿Son carlistas?—preguntan los periódicos.

—No, señor—contestan los jefes del partido.—Son facinerosos con boina.

Sean facinerosos con boina ó facinerosos en pelo, ello es que ponen en peligro la pública tranquilidad y que nuestros soldados vense en el trance de tener que salir al campo y de andar á tiros.

Ya nadie está seguro y el mejor día se implanta aquí el servicio obligatorio y tienen que cargar con el fusil todos los españoles, desde el niño Rodríguez Arias hasta Asmodeo.

Quizás sirva esto para sacar de su apatía á muchas personas que cobran haberes del Estado y no hacen otra cosa de mayor provecho. Ni las desventuras de la patria, ni el estado de postración en que yace el arte teatral, ni la pérdida de las cosechas, influye en el ánimo de estos egoístas impenitentes, que comen, beben, dan latas y no se preocupan más que del estado de su salud y de la duración de su calzado.

Hay hombre que nace, cobra, muere y se va al otro mundo sin haber hecho absolutamente nada por nadie.

Eso son los que debían irse á Cuba ó á Filipinas, en vez de pasarse la existencia molestando al prójimo, ora en el café, haciendo sufrir á los camareros, ora en las casas de huéspedes, ofendiendo á las patronas, ora en el hogar, martirizando á la familia.

Sr. Azcárraga, ¿no le parece á usted oportuno hacer una leva con toda esta gente inútil?

Luis Taboada.

★

Falta sin culpa.

Perdona la crudeza
con que, tras tanto tiempo de locura,
te niego para siempre una belleza
que aún no te dió el asqueo de la harrura.
Pues sabes que yo sé que tú me quieres
con ese amor eterno

que lleva, á voluntad de las mujeres,
al hombre más honrado hasta el infierno,
pensarás que es mi acción acción traidora
de una mujer liviana

que hoy finge una pasión abrasadora
y que la olvida... porque sí... mañana.

¡Me da este pensamiento tanta pena!
¡Te juro, Juan, que al rechazarte ahora
no cometo una infamia... ¡Soy más buena!
Mas ¿qué razón eviste

—preguntarás—para que á amor tan fuerte
ponga el destino término tan triste?

¡Misterios de la suerte!
Yo misma sufro, me rehelo y lloro,
y con un ansia, por inútil loca,
quiero sacar del alma aquel... ¡te adoro!...
que tantas veces palpité en tu boca.
Mas siento, al intentarlo, la fatiga
que produce un esfuerzo sobrehumano,
y que á cejar en mi intención me obliga.

¿Qué pasó por mi espíritu?... Es bien llano...
 El que era ayer torrente impetuoso
 halló un abismo y encontró el reposo
 y la tétrica calma del pantano,
 Pero ¿qué abismo?—me dirás—¿qué abismo?
 Tal vez el que abre por su propia mano
 un ser cuando se cae de sí mismo.
 Y... ¿qué hacer? Confesar lo que confieso.
 Si el amor se acobarda en la refriega
 es un delito atroz forzar el beso,
 que fuge el labio, pero el alma niega.
 Aunque esta crueldad te cause daño,
 no me culpes... ¿Por qué, si no hay engaño?
 Al entregarme á tí no te mentía...
 Te amaba... ¡Santo Dios, cómo te amaba!
 Muere la luz brillante que alumbraba
 mi existencia. Pues sí: ¡la culpa es mía!
 Tenme lástima, Juan, que en el empeño
 de hallar en el amor toda ventura
 dióme la suer e la sentencia dura
 de despertar en lo mejor del sueño.
 ¡Si yo quisiera amar!... Mas Dios no quiere.
 Fuiste mi único afán, mi única idea.
 Y ahora... ¡que no es traición!... Es... ¡lo que sea!
 Se olvida... porque sí... ¡como se muere!

Luis de Ansorena.

★

CALEFACCIÓN BARATA (1)

(MCNÓLOGO DE UN CACHUPÍN DEL OÍ)

«Pues señor, es un problema de difícil solución esto de templar la sala de mi casa, como hay Dios. Con el brasero no puede calentarse la reunión si no lleva aparejada la camilla, no, señor. Y comprar un buen *chubasco* (como dice doña Sol) significa un desembolso con el cual no puedo yo. ¿Qué haré, pues, para que asistan mis amigos sin temor de que cojan en mi casa una pulmonía ó dos, mientras canta Pilarcita Cuscurrín el *Non tornó*, ó bailan el *Pas à quatre* los de Mas con las de Mas, ó recita Pepe Pérez sus quintillas «A un hemón», ó hace juegos con los naipes el teniente Opedeloc? Tan espaciosa es mi sala, que hará en ella un frío atroz si no compro un artefacto para la calefacción. Pero ¿qué estoy yo diciendo? ¿Por qué abrigo ese temor, si para abrigar mi casa no es necesario el carbón? ¡Soy feliz! ¿A que ninguno me pide fuego? Y si no, pasando á todos revista veré si tengo razón.

En continuo movimiento siempre está don Juan Muñoz. ¡Qué trajín! Ni dos minutos se está quieto el buen señor, ¡Pobres sillas de mi alma! (Ya me ha roto ventidós.) ¿Cómo ha de sentir el frío si de verle sudó yo? Don Bruno, aunque no se mueve, discute con tal calor sobre política, ó sobre cualquier cosa en al a voz, que se sofoca en seguida, y con la sofocación ni se acuerda de que hay cisco, ni Cristo que lo fundó.

Pepito, hablando de amores con su novia en un rincón, y en otro rincón Purita correspondiendo al amor de su Juan, y en otro lado Paz comiéndose á Ramón, necesitan aún más fuego que el que llevan dentro? ¡No!

Con los ojos tentadores de la viuda de Roskopf, se caldean unos cuantos contertulios al vapor.

Don Blas está que echa chispas en cuanto ve entrar á Bosch, porque Bosch le debe un pico que don Blas le adelantó; y al que echa chispas, ¿es cuerdo proporcionarle calor?

Precisamente lo mismo digo de doña Asunción. Por cualquier cosa se quema, y más quemada que el cok está desde que ha notado que sin pizca de pudor mira su esposo á la viuda con maliciosa intención.

Pues si unos están quemados, y otros arden en amor, y otros están al abrigo de unos ojos como al sol, y otros están que echan chispas, y otros se sofocan, yo ¿por qué he de poner en casa, caloríferos *ad hoc*, si llevan en sí las gentes bastante calefacción? ¿Que sólo Nieves, mi esposa, se siente fría? ¡Mejor!

¡Voy á comprar una estufa, corriendo el peligro atroz de que se derrita Nieves y en medio de la reunión se me convierta en un charco con ranas y todo? ¡No! Y en cuanto á mí, ¡qué demontre! si necesito calor, con envolverme en un mapa de Cuba... san se acabó. Pero gastarme los cuartos en templar á la reunión, cuando no lo necesita... ya lo he dicho: ¡no, señoría!

Juan Pérez Suñiga.

★

El cautivo.

Este era un cautivo, cristiano desde la infancia, el cual, en uno de aquellos combates entre fieles ó feligreses y moros, cayó en poder de los sarracenos.



Fué la batalla una de las más sanguinarias en aquel tiempo (1). Cargado de cadenas y grillos y cerrojos, fué llevado á Orán el cautivo y encerrado en una mazmorra oscura, sin sol, húmeda, repugnante, con otros cristianos, y allí yacían los infelices, faltos de sustento, de ropas y de aseo y en la más deplorable suciedad y en la más horrible de las miserias.

Los bárbaros carceleros se divertían, bien azotando á los cautivos, bien afeitándolos en seco y con alfanje, ya obligándoles á poner el Korán en música, ya forzándoles á decir *chirigotas* de sus profetas y de sus familias.



D. Lope, que así nombraban al protagonista de mi cuento, ó mejor dicho, de esta verídica y horrible historia, era un joven gallardo de veintiocho años, fuerte, robusto, ágil y valeroso, aunque la mala y escasa alimentación habíale debilitado un tanto, y se explica, me parece.

El dueño de D. Lope y de sus compañeros era un tal Mehemet Alí, de suyo salvaje y feroz, cruel y fanático y algo poeta.

Odiaba á los cristianos y gozaba martirizándolos.

Reverso de la medalla de su respetable papá era Zoraida, hermosísima y casta doncella, en su clase mahometana.

Alma cándida, corazón nobilísimo, gustos delicados, altas miras: todas estas condiciones enaltecían á la bellísima princeesa, que apenas había cumplido veinte años, por supuesto por el calendario de Mahoma, y ya era una moza.

Las mazmorras que servían para guardar á los esclavos hasta que se los dedicaba á labores agrícolas, ó hasta que se disponía su interfección ó degüello, ocupaban los bajos del edificio, como suele ocurrir en varias casas, que los sótanos son subterráneos.

(1) Sanguinaria, ¿eh? Aplicación novísima de este adjetivo. Otro significado: hierba medicinal, de propiedades semejantes á las del acónito u «aconito».

(2) Del libro en preparación. *Cantañes pilongos*.

Sobre las mazmorras, en el piso principal del palacio, habitaba la hermosísima Zoraida con su señor padre, el bárbaro Mehemet Ali.



Solía tañer, y aun tañir, D. Lope la guzla, especie de guitarra según unos autores anticuarios, y cornetín de pistón en opinión de otros.

Era el cautivo un profesor en el citado instrumento, y cantaba trovas sentidísimas, que parecía un ángel lírico-dramático.

De donde vino, al decir de las gentes, aquello de

«Si non è vero, è ben trovato.»



Oír Zoraida aquellos acentos dulces y apasionados—como ya habrían ustedes supuesto que habría de oírlos—y sentirse sugestionada, fué todo uno—como también habrían ustedes adivinado.



Loca «de pies á cabeza», que dijo el poeta, no pensó en más que en salvar al cautivo de la voz angelical, de la guzla encantada.

¿De qué medio valerse?

Como su padre la adoraba y nada podía negarle, en cuanto Zoraida, la divina Zoraida, le manifestó deseos de revistar á los esclavos para elegir alguno á quien degollar con sus propias manitas, accedió el bestia de Mehemet Ali.

Así autorizada, solamente le faltaba saber quién era el de la voz angélica, el de «la guzla suave», entre aquella manada de infelices.

Esperó, y una noche fué sorprendido el triste cuanto afortunado D. Lope, cuando «esparcía al viento la esencia de sus penas» en sentidísima trova.

Una ennuca, esposa de ennuco, al par que doncella de labor de Zoraida y peinadora, se aproximó al cautivo, después de salvar guardas y puertas, mediante una orden del amo y señor de aquellos infelices.

—Sígueme—le dijo.

—¿Tú quién eres?—preguntó el asombrado y exánime cautivo.

—Nada te importa; obedece y serás feliz.

El hidalgo, sin soltar la guzla, único equipaje que podía llevar, siguió á la ennuca.

* *

Zoraida esperaba ansiosa.

En su camarín, iluminado como el paraíso del Profeta, la atmósfera, saturada de aromas, embriagaba.

El aire tibio, riquísimos tapices de Persia, divanes de la Arabia feliz, artesonados de oro macizo, frescos y temples y oleos vegetales de Rafael de Urbina y de Rafael Molina y de Prerrafael y Zola...

Aqué! era un templo del amor ó de Venus Cítea.



—¡Cristiano,—murmuró Zoraida, abriendo los brazos para recibir á D. Lope,—aquí te espero, ven, rico, ven!

El cautivo dudó por unos segundos.

Después se abandonó á su felicidad, tan inesperada como inmensa.

* *

¿Qué pasó allí?

Nadie lo supo más que ellos dos y Mahoma su profeta.

* *

La luna, con ese tono pálido que reserva para las noches, deshecha en hilillos de argentado platino, pasaba á través de los árboles, como anunciando el descubrimiento de los rayos X.

Las gotas del rocío precursor de la mañana formaban como alfombra de brillantes ó como aderezo para engalanar á la madre Natura, tan conocida.

En las aguas tranquilas del lago—porque en el jardín del palacio había un lago—flotaban como dos blancas náyades dos cuerpos humanos.

La luna les acariciaba con su pálida sonrisa—ó «sonriso», que también puede decirse, en Carulla.



Aquellos cuerpos eran, respectivamente, el de Zoraida y el de D. Lope.

¡Drama pasional!

¡Tragedia de amor!

¡Dicha apenas nacida y malograda!

¡Bárbaro Ali! ¡Animal sarraceno!

¡Alé te maldiga!

Eduardo de Palacio.

FUENTES DE LA HISTORIA

Los caballeros que escriban la historia de la actual década, además del impensado relevo de Polavieja que no importará un comino cuando las islas se pierdan, tendrán que estudiar sucesos, tipos, costumbres, etcétera, y acudirán de seguro al terreno de las letras, porque es donde más exactos y más claros se reflejan. Tendrán para sus estudios un arsenal de comedias, porque es un género ese que, á Dios gracias, no escasea, y habrá que leer entonces las cómicas consecuencias que el historiador deduzca de los datos que le prestan! Al relatar, por ejemplo, las costumbres lugareñas, dirá que los campesinos eran pedazos de acémilas, que no trabajaban nunca, que estaban siempre de fiesta, curiosos, entrometidos, y sin gracia, y sin vergüenza. Que, en vez de salir temprano al campo á labrar la tierra, pasaban el santo día por calles y por plazuelas en continuo chismorreo sin cuidar de sus haciendas, y atentos únicamente á fisgar casas ajenas, haciendo muchas preguntas al alcalde, á la alcaldesa, al hijo del boticario y al sacristán y al albéitar. ¿Que en qué han de basarse? ¡Digo! Pues en todas las zarzuelas chicas, medianas y grandes, bufas, graciosas y serias. Allí, de día y de noche, en Carnaval y en Cuaresma, en los días de la poda como en los meses de siega, se ve que nadie hace nada, que en cuanto uno grita: «¡Vengan, vecinos!» salen doscientos que estaban tras de una puerta. Y preguntan, y alborotan, y corren, y curiosocean con el «¿qué ocurre, qué pasa?» ó el «¡que toquen habaneras!» Y á lo mejor se despiden á eso de las doce y media de la noche, con objeto de dormir á pierna suelta, y porque canta un mancebo ó se asusta una doncella, ó se oye un trueno, ó se escucha muy lejos una corneta, aparecen de repente con estacas ó linternas los hombres muy arreglados, las chicas muy peripuestas... ¡Y va á quedar nuestro pueblo lucido, de esa manera!

Sinesio Delgado.

No hay bien que por mal no venga.



—Si no me hubieran hecho *vocala* de esta sociedad de socorros á las clases menesterosas, ¿con qué pretexto iba yo á estar tres ó cuatro horas todos los días fuera de casa? ¡Bendita sea la caridad que, bien entendida, ya se sabe que empieza por uno mismo!

Bibliografía festiva.

TRES LIBROS

I

PRESENTE Y FUTURO

Eso, eso, «á lo que estamos, tuerta»; el presente, el día de hoy, el ahora mismo, y si acaso el futuro; pero un futuro muy inmediato: el mañana, por ejemplo, ó el pasado mañana, á lo más, son los solos tiempos que nos interesan. Lo pasado, bien pasado está y no, hay para qué pensar en ello, pues aunque dijo un poeta aquello de

«Il passato non è; ma lo rinuova,
la dola rimembranza»,

otro poeta español, bastante menos delicado y un si no es vulgar, como que es el vulgo mismo, ha dicho aquello otro de

«Á muertos y á idos
no hay amigos.»

Y aun esto otro, que lo mismo puede referirse al pasado que al futuro demasiado remoto:

«Lo que no es en mi año
no es en mi daño.»

Toma, y no el vulgo, sino un monarca muy egoísta, (cosa propia de todos *los pocos REYES que en el mundo han sido*), exceptuando los magos, de quienes se sabe ya de muy buena tinta, que no eran tales 'reyes', inventó la célebre frase, tantas veces repetida: *Après moi le déluge*.

Pero, digresiones á un lado, quería yo decir y digo, antes de que la pluma se enrede, contra mi voluntad, en otra madeja de recuerdos, que PRESENTE Y FUTURO, así, con intencionada preterición del pasado, ó de lo pasado, que bien pasado está y allá nos espere muchos años, es el título de un libro muy bonito, en cuyas páginas se contienen cinco cuentos de Nilo María Fabra, primorosamente ilustrados por Mendez Bringa, Ozola y Gili.

Gili se nombra también, según he visto en la cubierta, el editor del tomo, que viene á ser el cuarto volumen de la COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA.

¡Elzevir!... ¡Colección Elzevir!... Deje usted; me parece que habría sido más propio decirle «Elzeviriana»; como que ése es el vocablo admitido por la Academia. Además, eso de *elzevir* (no les suena á ustedes como masculino?... En fin, allá el editor y librero Sr. D. Juan Gili (no vayan mis colaboradores los señores cajistas á poner acento en la segunda *i*), allá el Sr. Gili, que ha demostrado no ser rana, se las entenderá con su conciencia de gramático y con la Academia; él, como padrino, ha bautizado á esa colección con el nombre de *Elzevir*; bien bautizada está, y que sea para bien de la casa.

No he visto los tomos anteriores de la *Colección Elzevir*. Del cuarto, impreso, según reza su colofón correspondiente, en el establecimiento tipo-litográfico de Espasa y Compañía (Barcelona), solamente elogios pueden hacerse, para proceder en justicia.

Si los tomos anteriores se parecen, que sí se parecerán, al volumen cuarto que tengo á la vista, y los sucesivos son, como es de presumir que lo sean, parecidos en sus condiciones materiales á PRESENTE Y FUTURO, puede vaticinarse, sin vacilaciones ni dudas, que el Sr. Gili habrá editado una de las más elegantes bibliotecas de cuantas en España se han publicado.

Buena señal, excelente señal es esta de que las empresas editoriales crezcan y se multipliquen en España, y principalmente en Barcelona.

Porque los negocios de librería andarán muy mal—como los editores, llorones siempre, aseguran,—los mercados de América estarán inundados por ediciones clandestinas; la elevación de los cambios habrá hecho imposible realizar los créditos... pero la verdad es que cada lunes y cada martes surge un editor, que á los pocos años representa ya una razón social de gran importancia y de mucho crédito en el ramo.

Y á todo esto podrá preguntarme el lector, si yo lo tuviere:

—¿Qué me dice usted de los cuentos de Nilo María Fabra?

—¡Ah! Pues voy á decirlo, aunque, francamente, me figuraba que interesaría á ustedes poco mi opinión.

Los cuentos son cinco, á saber:

La guerra de España con los Estados Unidos.

Recuerdos de otra vida.

El futuro ayuntamiento de Madrid.

Teitan el soberbio.

El premio grande.

Entre esos cinco trabajos hay dos á los cuales no cuadra el título de cuentos.

La guerra de España con los Estados Unidos, primer trabajo contenido en el tomo, le considera el autor como PÁGINAS DE LA HISTORIA DE LO PORVENIR. Este y *El futuro ayuntamiento de Madrid* son dos humoradas, ingeniosas ambas y muy abundantes en gracia, aunque un tanto escasas de justicia.

Nilo María Fabra tira un poquito á reaccionario, y en sus ocurrencias, aun sin él pretenderlo, se inclina hacia la reacción; vamos, que le pasa lo contrario que á Sagasta, el cual, según dijo, pensaba caer siempre del lado de la libertad; bien que, aunque lo dijo, no lo hace; D. Nilo cae siempre del lado de la reacción, y lo hace siempre, aunque no lo diga, ni acaso lo quiera, porque es poco liberal de suyo.

Fuera de esto, que para mí es grave pecado y que será para otros gran virtud, Fabra merece plácemes, cosa que de buena voluntad le envío, por los cuentos y por los que no son cuentos, con cuya sustancia no estoy conforme del todo, eso no; pero cuya forma me encanta.

Ofrecí á ustedes que les hablaría de tres libros; pero como al dar noticia del primero me he extendido más de la cuenta, habremos de aplazar la conversación acerca de los dos restantes para ocasión más oportuna.

Se trata de *Marrodán primero*, encantadora é interesante novela del inteligente D. José M. Matheu, y de la colección de preciosísimas composiciones poéticas del segundo y aplaudido y celebrado Felipe Pérez, la cual colección se titula: *¿Quieres que te cuente un cuento? Pues allá van ciento.*

Esos dos libros, unidos al de Fabra, forman una trinidad de la que puedo afirmar precisamente lo contrario de lo que suele decirse de las hijas de Elena: son tres y todos son buenos.

Y quédese esto así, y perdonen ustedes si escribí con exceso; pero la verdad es que no he tenido tiempo para ser más conciso.

A. Sánchez Pérez.

CAMBIO EN LA CABEZA



—¿Está el señor director?
—¿Qué deseaba usted?
—Soy el maestro de escuela de...
—No, señor; no está.
—¡Caramba! Lo siento. Porque acabo de heredar ochenta mil duros, ¿sabe usted? y venía á traerle un pequeño recuerdo.
—Pase usted, pase usted; el señor director tendrá mucho gusto en recibirle.
—¿A mí ó al recuerdo?

Frustrerías.

El hombre enamorado y aturdido que entusiasmado exclama:
«¡Hoy sí que me he quedado convencido de que mi novia me ama!»
me produce un efecto parecido al que me causa el proceder extraño del que al salir del mar, de darse un baño, les dice á los mirones:
al entrar á vestirse en su garita:
«¡Hoy sí que estaba el agua calentita!»
¡Y lo demuestra dando tiritones!

No se te ocurra á la mujer que adores prometerle jamás que, si te olvida, pondrás rápido fin á tus dolores quitándole la vida, pues si ella, por descuido llega á amarte, y al descubrir si finges la interesa, ¡es capaz de olvidarte sólo por ver si cumples la promesa!

No te alegres porque ella, amigo Alfredo, en su carta te diga que te quiere, que no te olvida y que por ti se muere, pues tienen las mujeres tanto miedo á toda prueba que su amor delata, que si fuera verdad cuanto en su grata te asegura de buenas á primeras, ¡hubiese escrito en ella una postdata pidiéndote por Dios que la rompieras!

Alberto Casañal Shaker y

Los impresionistas.



—Aquí, como se supone que da el sol con toda su fuerza, pondremos un azul muy vivo. Sabido es que, según la escuela moderna, las carnes iluminadas por el sol son completamente azules.

Sentencia.

Considerando que pasa
con celeridad la vida
y que si se toma en guasa
resulta más divertida;
— considerando que pronto
e iban á mostrar propensos
— denominarte tonto

tus repetidos suspensos,
y, merced á la experiencia,
considerando, por fin,
que es al estadio y la ciencia
refractario tu magín,
fallas que debes mostrar
con tu ineptitud rigor

y te echas al condenar
la pena de ser actor.
Y aunque es público y notorio
que es á tu magín... «precario»
el arte declamatorio
igualmente refractario,
y aunque á conocer no llega
tu pasmosa erudición
á Tirso, Lope de Vega,
Moreto ni Calderón,
y aunque no eres lo correcto

que al hablar hay que pedir,
puesto que dices cojectos,
que ya es bastante decir,
y á pesar de que comprenda
el menos docto en pintura
que nada te recomienda
de artístico en la figura,
como de lo que se trata
es de sacarle al teatro
una modesta contrata
de tres durillos ó cuatro,

que es lo que tú necesitas,
eso y más gana cualquiera,
con más ó menos pepitas
de melón en la mollera,
y aun sin otras condiciones,
no será raro que encajes,
aprendiendo contorsiones
ridículas y visajes
estudiando el repertorio
moderno de carrerilla...
y achacándole el Tenorio
á don Manuel Ruiz Zorrilla.

Hay en la actoril hornada
zoquete falto de peso
que no sirve para nada
y que sirve para eso,
Y como se ha repetido
el caso con más de siete,
serás también aplaudido...
en calidad de zoquete.
No estés, pues, preocupado
si la duda te alborote:
¡poco que tienes andado
con afeitarte el bigote!

Antonio Montalbán.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El perro dogo.—Es floje,
no porque esté el romance mal medido,
sino porque el asunto tiene dentro
pocos lances. Muy pocos... y muy vistos.
El jarca.—Viene á ser floreo puro,
muy propio para impreso... en su abanico.
E. O.—No están mal hechas
las humoradas, ¡ay! pero es preciso
que digan algo nuevo.
El pseudónimo.—Bien. Lo mismo digo.
La señá Rita.—El único epigrama
que pudiera pasar es el del primo,
pero ese chiste de *tocar á gloria*
creo que ya le usaron los fenicios.
Legó de la merced.—Dígame, hermano,
que el final del *confiteor*
es una falta grave contra el clero
y me lleva Satán si lo publico.
J. A. B.—Me parece
que hay sobrada crudeza en el estilo.
F. V.—Poca miga en ambas cosas.
R. S.—¡Caramba! lo he leído
dos veces con muchísimo cuidado
y juro que no aco nada en limpio.
Cadú!—En los versos cortos
hay que cuidar el ritmo,
porque en cuanto se cambian los acentos
sueñan muy mal y sufren los oídos.
Además, el asunto
raya en sentimental, pero á lo antiguo.
Macarroncillo.—Es fuerte, porque advierta
que no conviene tanto escepticismo.
No vale decir árdite. Es árdite,
señor Macarroncillo.
El nené.—No ha ganado en el arreglo
y... aún quedan muchos versos mal medidos.
Don Din.—No encuentro nada aprovechable

y lo siento muchísimo.

Setelís.—Bueno, la anterior respuesta
viene á su carta como al dedo anillo
(y la trasposición me sea leve
en gracia de la prisa con que escribo).
Asuquero.—¡Recontral eso es terrible,
porque raya en insulto al patriotismo,
y aunque vamos dudando de que exista...
Carape.—Las tres cosas ya se han dicho
mil veces cada una
en epigramas, chistes, logrogrifos...
Amaury.—No hay quien diga
qué peca de mal hecho el romancillo,
pero el asunto es débil, como Cánovas
cuando un yankee le exige un desatino.
G. T.—¡Que la ha tomado con los curas!
¿Y si nos excomulga el arzobispo?
Calamar.—No ha venido á la tercera.
Huya de los asuntos anodinos,
porque eso perjudica
más que las asonancias y los ripios.
Aspirante de Irún.—Lo cual no empece
para que el excesivo
abuso de asonancias
perjudique también, dañando el tímpano.
Afilador.—Bastante candorosa.
Espartaco.—Esta vez es medianillo
por empeñarse en un romance agudo
y escoger un asunto pobre y nimio.
C. B. D. O.—Inocente. Casi tanto
como el alma de un niño.
M. M.—Ese género
no encaja en un periódico festivo,
aunque en ese verjel en que usted vive
no extraño, amigo mío,
que no pueda escribir más que ternezas,
dulzuras, *rememberes* y suspiros.
Tulipán.—Es preciso andar con ojo
al escribir de asuntos parecidos
pues cae uno en lo cursi en menos tiempo
del en que me persigno.
S. L.—El primero no es gracioso
y el segundo, á mi juicio,
lo hubiera sido mucho hace veinte años
en tiempos del casero y del vecino,
cuando hablar perrerías de las suegras
era el no más allá del humorismo.
J. F. de C.—Con suscribirse
por todo el año actual será servido.
Los sonetos á ella están mandados
retirar hace un siglo.
El Chiquito.—Pero, hombre, ¡si no mídel!
¡Si no es el primer verso endecasílabo!
¡Si beso no es de fresco consonante!
aunque lo pidan frailes capuchinos!

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.
PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.
EXTRANJERO Y ULTEAMAR.—Año: 15 pesetas.
En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
Extranjero y Ultramar por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se
acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus
pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de
franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en
este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.
Un suplemento, 10 céntimos.
B los corresponsales, 6 céntimos.
Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento
alguno de precio.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin
de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan
satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis
Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.